

XIX

Al fulgor de las luces de gas, el Cristo de la sala de Audiencia sufre y arroja sangre en la pared del estrado, entre los severos cortinajes. No es para bendecir ni para perdonar para lo que tiene abiertos los brazos aquel cuerpo lívido y sombrío, cuyos músculos aparecen contraídos por el dolor. Ni de sus manos ni de sus pies agujereados brota ningún efluvio místico de consuelo. El acusado, acaso inocente también — ¿quién sabe? — no puede pensar ante aquella trágica é implacable imagen, sino que él también será mañana un ajusticiado. En el corazón del artista que pintó aquel cuadro tétrico, como en el de casi todo el mundo, no existía la esperanza de una absolución divina, de una inocencia reconquistada por el dolor y por la pena, de una dicha eterna prometida al más culpable de los

culpables. ¿A qué, entonces, ese Cristo en los estrados de Justicia? Si no la hay más que en este mundo, ¿para qué la atroz ironía de exhibir el recuerdo de la más famosa de las iniquidades? Y si se ha colocado ante los jueces la imagen del justo crucificado en el suplicio, para recordarles que están sujetos á error y que ejercen el más formidable de todos los poderes, ¿por qué los jueces vuelven la espalda á aquella imagen evocadora de la ceguera del que sentencia y de la posible inocencia del sentenciado?

Bajo el terrible cuadro hay sentadas tres personas.

El de en medio es el presidente, un viejo regordete de ancha cara, absolutamente calvo y sin más pelos que los de unas cejas grises alegremente erizadas sobre unos ojos claros. En sus labios sensuales se dibuja siempre una sonrisa burlona. Es el magistrado Durousseau, célebre por sus « caídas » por sus dicharachos de audiencia, por la gracia de gatazo perezoso de muestra al jugar con la cabeza de un criminal. Hombre de sociedad, concurrente asiduo á los grandes estrenos, siempre invitado á comer, el señor Durousseau es calificado por la prensa de personaje esencialmente parisiense. Cuando él preside hay siempre en los sitios reservados mujeres del alto

mundo, actrices y literatos. Un empresario de teatros, amigo suyo, dice que es el único presidente « que tiene entradas. » Buen jurisconsulto, aficionado á las letras, sabio coleccionista de medallas, el magistrado Durousseau es, por otra parte, el hombre más cortés del mundo y se quedaría asombrado si alguien le dijera que hay algo de indecente y de cruel en amenizar con chistes el interrogatorio de un desdichado á quien se va á enviar en seguida á un presidio ó al caldoso. Los dos asesores ofrecen fisonomías menos características. De aquellos personajes mudos, el de la derecha es otro calvo, delgado, con barba negra puntiaguda é ingrata cara de jaqueca, y el de la izquierda un viejo rubio, muy arrugado, colorado como una manzana y con inquietos ojos azules emboscados tras de unas gafas de oro.

Aquellos tres personajes, reclinados indolentemente en sus sillones, parecían extenuados de cansancio y de aburrimiento.

La causa de la calle *Cadet*, cuya vista se estaba verificando hacía dos días, no había, realmente, ofrecido todo el interés dramático que se esperaba y la sesión del día anterior había defraudado las esperanzas de las hermosas damas y de los parisienses de nota que asistían á ella para procurarse emociones fuertes. La acusación, de

una duración interminable, leída por un escribano con voz dormilona y monótona, no había hecho más que repetir los hechos contados veinte veces por los periódicos. El interrogatorio del acusado no había sido más interesante.

En primer lugar la persona de Cristián Forgeat había desencantado á todo el mundo. El público contaba con encontrar en aquel asesino, capaz de matar en plena calle de París, una figura de gran relieve, un bandido terrible en salvaje libertad en medio de la civilización. Aquel cojo enfermizo, de pobre aspecto y modesta actitud, que confesaba su crimen con sincero arrepentimiento, sin negar más que la premeditación y que resultaba destinado de antemano al castigo, pareció absolutamente despreciable. Su lamentable y maltratada infancia, su buena conducta en la Colonia de la Meseta, sus años de miseria y de vagancia, eran, realmente, detalles desprovistos de todo interés.

« Á éste le da por lo romántico » dijo á su vecino la interesante señorita Lamour, del teatro de Variedades, la que enseñaba cuanto tenía en las piezas pornográficas.

Y las mujeres del gran mundo, á quienes una curiosidad malsana, y aun algo sádica, había llevado á la vista, empezaban á encubrir sus

bostezos tras de las bien enguantadas manos.

« Este presidente nos ha engañado, querida, cuando nos prometió una tarde interesante... Su asesino es de lo más vulgar... Mejor hubiéramos hecho en irnos á la exposición de acuarelas. »

Viendo que su auditorio estaba frío y distraído, el señor Droussseau trató de animarle con algunas bromas, y en su diálogo con el acusado, mientras le arrancaba, con frases breves y duras, el relato del crimen, el presidente halló ocasión para colocar dos chistes, pero sin obtener sus acostumbrados efectos de hilaridad.

La Audiencia había sido aburrida como pocas, y el empresario amigo del señor Droussseau había hecho el resumen de la impresión general, diciendo en tono de contrariedad:

« ¡ Nuestro pobre presidente !... No encuentra qué decir. »

El segundo día aquello fué una desbandada, y el deseo de oír la acusación del fiscal señor Lescuyer y la defensa del señor Pechaud no había llevado á los sitios reservados sino un número muy limitado de curiosos. No había, como se dice en el teatro, más que « media entrada » y el presidente, que no veía delante de él más que los jurados, los periodistas, el público popular, ó sea, los aficionados mal olientes y peor vestidos

de esta clase de actos, estaba de muy mal humor. Sentado entre los dos soñolientes consejeros, dirigía con descuido las deposiciones que se sucedían sin aportar nada nuevo á los hechos de la causa y, contra su costumbre, no se tomaba siquiera la molestia de decir impertinencias á los testigos.

Sin embargo, desde el principio del proceso todos los concurrentes asiduos al Palacio de Justicia habían observado con extrañeza la fisonomía y la actitud del señor Lescuyer. Sentado en su tribuna, á la izquierda del tribunal, el representante del ministerio público no había intervenido ni una sola vez en los interrogatorios. Jamás había sido más triste ni más sombría la expresión de su cara. Con los ojos bajos, permanecía enteramente impassible, como absorbido en una profunda meditación y no parecía tomar parte en lo que pasaba á su alrededor.

« ¿ Qué le pasa al fiscal ? dijo en voz baja á su principal, señor Begasse, un pasante de abogado que estaba en el grupo de los curiosos. Nunca tiene la cara regocijada el señor Lescuyer, pero hoy, vea usted, querido maestro, está tan lúgubre que mete miedo... Es raro... Desde el principio de la vista no ha dicho « esta boca es mía, » no ha hecho un movimiento, ni si-

quiera ha levantado los ojos. ¿Estará enfermo?»

El señor Begasse, la lengua más peligrosa del Palacio de Justicia, el abogado que hay que comprometer cuando, más que ganar el pleito, se quiere deshonorar á la parte contraria, mostró una sonrisa burlona en su cara de fauno.

« Querido mío, respondió á su pasante, si el señor Lescuyer formase parte del tribunal, encontraría yo muy necio el asombrarse por su inmovilidad, que sería sencillamente sueño... Pero la magistratura « actuante » no se duerme en las vistas. Sin embargo, como se dice que el mes que vieneserá nombrado presidente de sala, puede que esté ensayando... Además, amigo, estamos hablando en vano, porque ahí tiene usted á Lescuyer que acaba de mudar de actitud. »

En efecto, Lescuyer se había estremecido y levantado los ojos cuando oyó decir al presidente:

« Que entre Luisa Rameau. »

Luisa se presentó decentemente vestida de negro, gracias á la caridad discreta de Lescuyer, que la había sacado de la miseria. La pobre joven entró tímida y cortada por el imponente aparato de la Justicia, pero segura de su corazón y decidida á pagar su deuda de agradecimiento á Cristián Forgeat. Se colocó en la barra y sencillamente, con voz temblorosa, pero en la que

resplandecía el acento de la verdad, contó que el acusado, un momento después del crimen y con las manos aún teñidas en sangre, había sido generoso y bueno para una mujer llorosa y para una niña en la cuna.

Cuando se presentó, el acusado, que estaba sentado entre dos rudas caras de soldado, miró á aquella mujer con asombro. Al pronto no la conoció. Había visto desfilas poco antes varios de sus compañeros de baja bohemia, testigos casi inútiles, pues ninguno sabía nada del crimen, pero que manchados también del fango de la calle, le habían salpicado con él, sin querer, en presencia de los jueces. ¿Qué venía á hacer ahora aquella mujer? ¿Para qué la habían hecho venir? ¿Qué iba á decir ella también contra él? ¿Que era un vagabundo de las calles, sin oficio conocido? ¡Eso lo sabían demasiado los jueces! Al cabo de aquellas dos largas sesiones, el infeliz estaba cansado, rendido, y esperaba con impaciencia el fin del proceso, el veredicto y la sentencia. ¿Para qué el testimonio de aquella mujer desconocida? ¡Estaba perdido y lo sabía perfectamente! No había medio de probar que había entrado en casa del judío sin intención criminal ni que le había matado en un raptó de furor. Lo había repetido hasta la saciedad y nadie le creía. Y cuando quiso

levantar la mano para jurar que decía la verdad, el presidente se burló de él y le asestó unas cuantas bromas crueles. ¡Que le guillotinasen sobre la marcha! Esto era lo más sencillo... Todo cuanto pudiera decir aquella mujer le tenía sin cuidado...

Pero cuando al empezar su declaración reconoció á la pobre Luisa y la oyó contar, dulce y valiente, lo que él había hecho y suplicar á los jueces que tuviesen en cuenta su buena acción, bajó de punto la desesperación del desgraciado, que dejó caer la cabeza entre las manos y prorrumpió en gemidos.

Ante aquel espectáculo el fiscal, sentado en su tribuna de acusador, tuvo que reunir todas las fuerzas de su energía moral para no dejar estallar las lágrimas que le ahogaban. Aquel hombre agobiado por el dolor y los remordimientos, aquel hombre que se había propuesto dar un golpe formidable y que iba á aplicarse á sí mismo un castigo solemne para salvar á un culpable, renegando así de todo su pasado y faltando á su deber de juez, sintió inundada su alma por una profunda y consoladora emoción. ¡Oh! ¡Qué dicha! ¡Cristián, su hijo, no era un malvado. Un resto de conciencia palpitaba en él, puesto que comprendía y sentía la generosidad de aquella

mujer y lloraba ante su valiente y bondadosa acción.

La declaración de Luisa Rameau hizo en el público una fuerte impresión. Cuando dijo cómo había conocido al acusado y con qué fin le había llevado á su casa, el Presidente creyó llegado el momento de aventurar un chiste. Pero Pechaud, el defensor de Forgeat, levantó la blanca cabeza é intervino con algunas palabras paternales para disipar en parte la turbación de la joven y dejarla terminar su penoso y conmovedor relato.

Cuando terminó, el Presidente no creyó oportuno hacer el bufón, y se observó, cuando Luisa se retiraba, un ligero movimiento en el jurado, hasta entonces impasible, y que dos ó tres de sus miembros se sonaban ruidosamente.

Sin embargo, el incidente, por conmovedor que hubiera sido, no se refería al proceso mismo y la probabilidad de que el acusado salvase la cabeza era todavía muy escasa. Forgeat no había respondido mal al interrogatorio. Los hechos que constaban en el sumario confirmaban sus confesiones y había expresado su arrepentimiento sin frases y sin gestos. Pero era muy poco probable que el jurado respondiese negativamente á la pregunta sobre la premeditación, á menos que Pechaud no se excediese á sí mismo.

« Vamos á ver, querido maestro, ¿cuál es su pronóstico de usted? preguntó al señor Begasse su joven pasante.

— ¡Hum! respondió el viejo camastrón. Pechaud nos va á obsequiar con sus grandes efectos melodramáticos y va á hacer funcionar la bomba de las lágrimas... El acusado no tiene antecedentes penales, salvo su reclusión en la Colonia, lo que, en buena ley, debiera tenerse más bien como circunstancia atenuante... ¿Quién sabe? Acaso logre escaparse de la guillotina... Por otra parte hay asesinato y robo y los propietarios del jurado no ven esto con buenos ojos, ¿sabe usted, amigo? Mire usted aquel grueso apoplético... Ahí tiene usted uno que debe ser una fiera en el momento de cobrar los alquileres... Si Pechaud logra arrancar una lágrima á ese cocodrilo, y es muy capaz, Forgeat pagará con veinte años de trabajos forzados... Pero, lo repito, el asesinato con robo es siempre grave... Lescuyer, que algunas veces tiene dura la mano, puede echarlo todo á perder... En fin, renuncio, decididamente, á hacer profecías... Todo depende del discurso del fiscal... Precisamente, ahí le tiene usted dispuesto á empezar. »

## XX

En efecto, Lescuyer acababa de levantarse, imponente, con la cabeza inmóvil y el cuerpo rígido y como agrandado por la toga. Sus espesas cejas estaban más fruncidas que nunca, y con el ademán habitual de muchos oradores, parecía apoyarse sobre un dedo de cada mano, puestos en los papeles que tenía delante.

Con voz cuyo temblor podía apenas reprimir la fuerza de voluntad, el fiscal habló en estos términos:

« Señores magistrados:

« Señores jurados:

« Pocas veces ha sido más fácil que en el caso presente la misión del acusador público. Según su propia confesión, el hombre que tenemos delante ha matado á otro hombre para despojarle de lo que poseía. Pretende, contra toda verosimi-